

CAPÍTULO XXII

Los bosques de naranjos. — Prosperidad de Tucuman causada por el espíritu católico. — Ataques á la propiedad. — Salta. — Malestar religioso y sus causas. — Innovaciones abusivas. — El vicario apostólico. — El administrador de la diócesis y su cabildo. — El gobernador protegiendo la mala causa. — Los intereses de los pueblos exigen la libertad de los obispos. — Establecimientos de beneficencia. — Instrucción abandonada. — Jujui. — La casa de retiro. — La agua de Tumbaya. — Impresiones. — ¡Contraste sorprendente! — Huacalera.

Si los Estados de América hubiesen gozado del beneficio de la paz, la riqueza que les promete la bondad de su suelo les habria hecho prosperar inmensamente. Cuando se considera en los elementos de felicidad pública con que cuentan algunos países de América que se desarrollan y engrandecen rápidamente, podríamos creer que fuesen superiores á los que poseen otros que vemos reducidos casi á postracion. Mas no sucede así, y la causa del abatimiento de estos, así como de la prosperidad de aquellos, no está en los elementos que les dejara de dar la Providencia para su bien, sino en la omision de los pueblos en aprovecharlos. Esta reflexion hacia yo atra-

vesando los bosques de naranjos que rodean la ciudad de Tucuman, los mas hermosos y fragantes que he visto en mi vida. Si las vias de comunicacion fuesen expeditas en esta rica porcion de la República Argentina, la ciudad de Tucuman no estaria muy distante de Corrientes y del Paraguay, y su comercio procuraria en esos lugares el expendio de los frutos que hoy no puede exportar por falta de mercado. Un camino abierto al traves de la montaña y algunos vapores que aprovecharsen las aguas de los rios, darian al Tucuman una importancia inmensa y harian de su hermoso territorio un paraíso terrenal. La ciudad de Tucuman debió su esplendor pasado á los misioneros que se ocupaban en la conversion de los indígenas de aquellas regiones é hicieron de ella su centro de recursos. Las fábricas de tejidos, los almacenes de provisiones, el situado mismo asignado á cada sacerdote, todo estaba en Tucuman y contribuía al desarrollo y á la prosperidad de sus intereses y de sus habitantes. Es muy probable que los jesuitas del Paraguay conociesen caminos que les llevaban directamente desde aquel país al Tucuman, atravesando por el territorio de los indígenas, porque es cierto que recorrian rápidamente todos esos lugares y sabian con exactitud las distancias que mediaban entre ellos. Es innegable que mientras todos estos países estuvieron bajo la influencia del espíritu católico, que animaba las nobles empresas de los sacerdotes que conquistaban para la religion á sus numerosos habitantes, el progreso se desarrolló en todos de una manera rápida y su prosperidad fué un hecho que jamas podrá desmentirse. Hoy, en vez de progreso, por todas partes se

ve estampada la huella de una guerra fratricida y palpables los males que esta causa. Codiciosos de dinero, los caudillos de la tropa imponen contribuciones cuantiosas á los pacíficos habitantes de la provincia, obligándolos así á sostener ejércitos que causan su ruina física y moral. Ni las mujeres, ni los ancianos, ni los sacerdotes fueron exceptuados, y con horror de todos se vió sumir en un calabozo y poner grillos á un anciano venerable que á sus virtudes acrisoladas y á su mérito de haber suscrito el acta de la independencia nacional, juntaba el carácter sagrado del sacerdocio; ¡y aquello sufría porque no tenía dinero para auxiliar la guerra civil! No es raro ver en los Estados de América estas ofensas hechas á la propiedad y al individuo en nombre de la libertad y del orden público. Cuando usando de la fuerza se hace descender la autoridad á manos de individuos que no comprenden su altura ni conocen por lo mismo su dignidad, forzoso es presenciar escenas tan tristes como aquellas. Tucuman, dividido en bandos que se disputan encarnizadamente el poder, ofreció infinitas ocasiones para conocer toda la monstruosidad que encierran en sí esos actos.

Salta, una de las ciudades mas flocientes de la República Argentina, me presentaba males de otra naturaleza que aquellos. Turbado desde muy atras su orden religioso, experimenta hoy sus consecuencias bien funestas y bien dolorosas por cierto. Cuarenta años de vacante que cuenta la sede diocesana han sido la primera causa del profundo malestar moral y religioso que se palpa por todas partes. Sin el respeto que inspira á los

que tienen fe el carácter episcopal, y sin los medios de gobierno que este mismo pone en manos del prelado para hacer venerable su autoridad, los que gobernaron la diócesis de Salta tenían todavía otra desventaja, á saber, el corto término que el cabildo que los elegía les señalaba para ejercer su cargo. Indisculpable nos parece, y lo es en efecto, el abuso establecido en Salta de elegir solamente por dos años los vicarios capitulares, cuando son tan terminantes las leyes de la Iglesia que ordenan hacer estas elecciones para durante el tiempo de la vacante. Ruidosas cuestiones sobre jurisdiccion eclesiástica han nacido de esta innovacion, y el poder de la Iglesia muchas veces ha corrido la misma suerte que la autoridad civil; es decir, ha sido manejado por manos ménos dignas y que no tuvieron el acierto necesario para administrarlo. Siendo el cabildo de la Iglesia el llamado por los cánones para hacer tal eleccion, y debiendo sus miembros su dignidad ó su canongia á los jefes de los partidos políticos que sucesivamente ejercian el mando supremo en la provincia, llevaban al santuario las pasiones de los seglares y hacian aparecer allí los efectos de estas mismas. La Santa Sede condenó este verdadero desorden, y para atender al gobierno de aquella Iglesia nombró un vicario apostólico con carácter episcopal. Las revueltas que dia por dia se sucedian en Salta y la oposicion sistemática que hicieron algunos individuos al nuevo obispo, le impidieron acercarse á Salta, y murió en Tucuman sin haber siquiera visitado la ciudad episcopal. El mal continuó agravándose cada dia: el gobierno nacional presentó para obispo un sacerdote meritorio que, despues de haber gobernado la

diócesis en calidad de vicario capitular, renunció su cargo hostigado por los disgustos que le causaba su cabildo. En virtud de un nuevo nombramiento de la Santa Sede tuvo no obstante que reasumir el gobierno, pero, entónces mismo, las letras apostólicas fueron objetadas de tal modo, que no pudieron ejecutarse sino cuando una orden terminante del presidente de la república hizo respetar debidamente la voluntad del príncipe de los pastores. No debemos omitir que la primera autoridad de la provincia en todos estos acontecimientos mostró simpatizar con los discolos y estar muy distante de llamar al orden á los que provocaban uno tras otro los conflictos con detrimento de la unidad católica. Igual conducta habian observado desde muy atras los jefes de Salta con pocas excepciones, y el desórden actual era consecuencia, en gran parte, de su ingerencia indebida en los negocios de la Iglesia. Habian dispensado proteccion decidida á eclesiásticos que debieran permanecer siempre distantes de los que administran el poder; habian hecho llegar á las prebendas de la Iglesia á no pocos individuos excluidos de ellas por el derecho; las daban como premio por servicios prestados en la causa política, y á toda costa procuraban que la jurisdiccion eclesiástica de la diócesis recayese en persona que fuese favorable á sus intereses. Digase en vista de esto si los negocios eclesiásticos podrán ser manejados de la manera que corresponde, cuando tantas dificultades se oponen intencionalmente al que está llamado para administrarlos. Si los gobiernos al obrar consultasen nada mas que el interes de sus gobernados, estamos ciertos de que la Iglesia y sus

pastores les deberian en todo caso proteccion y libertad. Los que oponen dificultades á las resoluciones de los obispos en el gobierno de su Iglesia, y los que buscan la sombra de un poder extraño para burlar la accion del báculo pastoral, son ordinariamente los que necesitan del trastorno para medrar, porque sus calidades los alejan en tiempos normales del lugar á que aspiran. Estos no deberian por cierto encontrar apoyo en los que mandan; pero sucede lo contrario. Los pueblos piden párrocos celosos y ejemplares, los ciudadanos quieren sacerdotes instruidos y ajenos á los partidos políticos, los establecimientos de caridad y las fundaciones piadosas reclaman administradores integros, y la instruccion primaria religiosa exige maestros inteligentes y virtuosos: obispos sin libertad no pueden proveer ninguna de esas necesidades del modo debido. Si han de esperar las inspiraciones del gobierno, si han de consultar su voluntad y obedecerla para elegir las personas, que han de llenar esos destinos, si han de sacrificar á cada paso su conciencia para servir de instrumento á miras ajenas, harán traicion á los intereses del pueblo y entregarán á manos extrañas el depósito que á ellos y no á otro confió Dios.

Salta conserva en su seno dos monumentos de la beneficencia que distingue á los obispos católicos; ellos deberian recordar á los magistrados cuánto son capaces de emprender y de ejecutar los prelados cuando se encuentran en plena libertad. El establecimiento para educacion de niñas es uno de aquellos y su fundacion se debe al obispo de Tucuman, D. Fr. José Antonio de San Alberto. Lo confió aquel sabio y virtuoso prelado á una

congregacion de hermanas carmelitas que hasta hoy lo conservan en un pié regular. Era este el único establecimiento de educacion que tenia Salta cuando yo la visitaba, y debia su origen á la Iglesia; un pequeño hospital, sostenido en gran parte por el obispo D. José Colombres, completaba el número de las casas de instruccion y de caridad que poseía aquella ciudad. Pena causa la suma escasez de esta clase de establecimientos que se nota allí desde luego; pero mucho mas lamentable parece esta falta todavía cuando uno se fija en que la instruccion religiosa y moral que ellos darian á sus alumnos es la que ha de influir directamente en el porvenir de la república. Esta instruccion, así en Salta como en todas las provincias, se da con escasez suma. En las escuelas está reducida á estudiar un pequeño catecismo, sobre el que ordinariamente ninguna explicacion se hace despues. En algunas parroquias ni aun este bien existe, y las masas populares llegan á conocer apenas las verdades que el cristiano necesita saber para salvarse. Ni es mucho mas aventajada la instruccion religiosa que recibe la clase acomodada al lado de los padres de familia, pues estos se contentan con enseñar á sus hijos las primeras oraciones y los mandan despues á las escuelas donde la instruccion que adquieren en materia de religion no es mucho mas extensa. En curatos vastisimos que cuentan desde diez hasta veinte mil almas, frecuentemente no se encuentra mas que un solo sacerdote. ¿Y qué podrá hacer este para instruir á los feligreses separados de su cura por enormes distancias? Pueden existir casos en que los párrocos de esos

lugares hayan sido poco celosos para llenar el deber de instruir á sus feligreses; puede ser muy bien, lo repetimos; mas, generalmente hablando, la extension de los curatos, el número de sus habitantes y la circunstancia misma de las localidades les impide hacer mucho de lo que debieran. La propagacion de buenas escuelas podrá suplir en gran parte esta falta, y este es un punto que llama la atencion de los obispos, de los gobiernos de provincia y de las municipalidades, con tanta mayor urgencia, cuanto que en las clases inferiores se sienten cada dia con mayor fuerza los efectos de la ignorancia religiosa. Antes que la revolucion política trastornase estos paises y arrebatase sus rentas á las iglesias, todas las parroquias sostenian escuelas mas ó ménos numerosas para la instruccion de los niños. Las constituciones del concilio provincial tercero lo habia encargado del modo mas preciso y terminante, y los obispos velaban sobre el cumplimiento de aquel encargo. Mas cuando las parroquias fueron despojadas de sus rentas, cuando los curas para atender á las necesidades mas premiosas de la vida se vieron reducidos á la triste necesidad de pedir limosna, y cuando los tesoros destinados á derramar los bienes de la caridad y beneficencia entre los necesitados pasaron á manos de individuos que los hicieron servir para aumentar su fortuna, entónces quedaron los párrocos celosos é ilustrados sin elementos para sostener escuelas, y entónces mismo comenzó para los ciudadanos argentinos que habitan las vastas campiñas de la Confederacion, el período de tinieblas que atraviesan. No sabemos si mas tarde podrán estar las parroquias de Salta

en situacion de costear por sí mismas la instruccion de los niños en escuelas adecuadas á ese objeto. Desde que la constitucion del Estado ha abolido la fundacion de capellanias para fines piadosos, no descubrimos por qué medios podrian tampoco aquellas adquirir fondos para el mismo objeto. Pensamos, ademas, que dejar á los gobiernos de provincia ó á los municipios ese cargo, será lo mismo que renunciar por ahora á la esperanza de que los pueblos pequeños y los habitantes de las parroquias de campaña sean ilustrados próximamente en la ciencia única que inspira virtud, y dispone al hombre para ser verdaderamente feliz. El estado de pobreza, la falta casi absoluta de recursos que aflige á la mayor parte de los gobiernos que forman la Confederacion Argentina, nos autorizan para pensar de esta manera.

En la ciudad de Jujuí un párroco celoso é ilustrado se empeña por cuantos medios están á su alcance en fomentar la instruccion religiosa, especialmente entre la clase menesterosa. A sus esfuerzos debe la sociedad dos escuelas de instruccion primaria, un buen hospital de caridad y una casa destinada á recibir un instituto de instruccion y á servir de asilo para niñas pobres. En medio de las ocupaciones diarias del ministerio pastoral ha escrito y propagado catecismos de religion y otros libros que tienden á la defensa de los buenos principios y de la sana moral. Cuando en algunos pueblos de América he encontrado eclesiásticos que con celo é ilustracion emprenden trabajos como aquellos en beneficio de los ciudadanos, he recordado una época no muy distante de la nuestra en la que una gran parte de los pueblos eran

enriquecidos con instituciones como las que da á Jujuí su celoso párroco.

Jujuí fué ántes de la revolucion una de las ciudades mas adelantadas del vireinato de Buenos Aires. En su vecindario existian hombres respetables y de su clero numeroso é instruido salieron obispos para diversas diócesis de América. Aun se conservan mil tradiciones de aquellos tiempos en las familias que como vestigio de su antiguo esplendor las muestran escritas en sus armas ó en los muebles preciosos de sus antepasados. Cuarenta años de revolucion sangrienta han oscurecido casi completamente el brillo de la ciudad de Jujuí. ¡Hoy no es esta mas que un pequeño pueblo cuyos habitantes no pasan de cinco mil! Las diversas casas religiosas que fomentaron ántes la piedad de sus moradores están ruinosas, sus templos no les podrán sobrevivir largo tiempo y sus escombros, amontonados en calles desiertas, anunciarán á los siglos venideros que existieron en aquel lugar la fe y la civilizacion cristiana, las cuales, combatidas cruelmente por la ambicion y la impiedad sedientas de los tesoros que creían recoger con su ruina, emigraron de Jujuí para ir á ilustrar otras regiones. A poca distancia de la ciudad se me ofrecian los restos de otra institucion eminentemente civilizadora que poseyó Jujuí. Era una casa de ejercicios espirituales que sostuvo durante su vida un eclesiástico virtuoso. Allí se retiraba anualmente un número considerable de individuos para meditar sobre sí mismos y reformar los vicios de su corazon. Una pequeña capilla se conserva todavia intacta en medio de los edificios ruinosos que la circundan. La

muerte del piadoso fundador dejó incompleta la obra, y los ejercicios desde entónces no volvieron á hacerse.

Desde que atravesaba los pintorescos bosques del Tucuman, mi imaginacion habia seguido constantemente los pasos de un ilustre campeon que recorrió las provincias que yo ahora tambien recorria. En lo mas espeso de las selvas, así como en los páramos desiertos; en las vastas llanuras y en los desfiladeros de los elevados Andes, encontraba vivos y frescos los recuerdos de sus proezas. Todos los pueblos conservan cual tesoro precioso la tradicion de sus hechos y en no pocos á su virtud se han levantado monumentos que vivirán eternamente. Y no eran aquellas las huellas sangrientas que estamparon en estos lugares los generales españoles empeñados en sufocar el fuego entusiasta de los pueblos que se lanzaban á combatir por su independencia; ni lo eran ménos las de Belgrano ó de San Martín que con la sangre derramada en Salta, Jujuí, Suipacha y en otros lugares, describieron la linea sangrienta que dividió á Bolivia de los Estados del Plata. La conquista de que se ocupaba san Francisco Solano, el héroe de mis recuerdos, era pacífica, sus combates obraban sobre la inteligencia y sus triunfos ganaban el corazón. El Perú, Charcas, y las provincias del Tucuman fueron el vasto teatro donde realizó tantas obras admirables. Solo, á pié, sin séquito ni aparato, obtuvo para Dios y su santa fe victorias mas brillantes que cuantas pudieron lisonjear el amor propio de aquellos generales. Lo grande y noble entusiasmo á todo corazón que siente, y cuando mi imaginacion veía al campeon sagrado penetrar las

selvas para buscar á los indígenas espantados por el trueno de los fusiles españoles; cuando le veía templando las cuerdas de su violin y cautivar á los indios con sonidos armoniosos, y cuando le veía tambien hecho niño con los niños y grande con los grandes para ganarlos á todos para el reino de Jesucristo, las fibras del mio se estremecian con fuerza y mi inteligencia creía presenciar aquellos triunfos de la fe en lo mas escondido de los bosques. Veía á las aguas de Tucubaya, que dan materia á una de las mas tiernas leyendas que los indígenas refieren del santo Solano, precipitarse veloces hácia las vertientes que forman el Bermejo y me describian la historia prodigiosa de aquel hombre apostólico, y veía tambien nacer el gran río cuyas márgenes recorrió en toda su extension. Él conoció todas las tribus que allí habitan, habló las lenguas que estas hablan, y de millares de salvajes hizo millares de cristianos. Hoy, cuando la sed insaciable de riquezas hace lanzarse á los individuos y á los gobiernos á empresas atrevidas, el curso de este río es apenas conocido y de los vastos territorios que recorre, se sabe solamente su existencia. No obstante, las empresas de visitar estos rios en buenas embarcaciones tripuladas de soldados y armadas con cañones han sido calificadas de atrevidas, y á los capitanes que las realizaron se ha comparado á veces con los héroes de la historia. Nosotros no queremos oscurecer las glorias de nadie, pero si observaremos que si tales empresas, hijas del interés, lisonjeadas por el amor propio y que esperan oro á montones como recompensa de la osadía con que se las acomete, tienen derecho á la admiracion y al reconocimiento de los

hombres, infinitamente mayor lo tiene el que se arrojó sin compañero y sin armas, sin guía y sin embarcacion, á conocer no tanto el curso del rio como la índole de las gentes que habitan en sus riberas. La empresa de aquellos buscaba un canal para fomentar los intereses de la tierra, buscaba un anillo que ligase á los habitantes de los pueblos lejanos con provecho propio; la empresa del apóstol, mas noble y elevada, buscaba á los hombres para enseñarles la fe y levantar sus espíritus de la tierra al cielo. Nada queria para sí y su propia vida la ponía en riesgo por salvar hombres que no conocía. Ni el mundo ni su estéril filosofía comprenden cuanto encierra de sublime esta conducta; ese humilde religioso que solo y desarmado penetra en tierras que jamas visitó ningun viajero, ese sacerdote que reduce á la fe millares de salvajes y forma con ellos pueblos civilizados, ningun elogio le merecerá; sus alabanzas quedarán reservadas para los que especulan acumulando tesoros, aun cuando sea con sacrificio de los pueblos. ¡Ofrece la miseria humana cada dia tantos contrastes de esta naturaleza!

Las vertientes que forman al Bermejo desprendiéndose de los cerros elevados de *Cortaderas*, atraviesan reunidas en un solo cuerpo por el valle ameno de *Huacalera*. Los españoles fundaron en este lugar bellos edificios, adornándolos de una manera conveniente á la opulencia de sus dueños. Yo vi en efecto ruinas de grandes casas; dije misa en un templo que conserva todavia restos de buenas pinturas y oí decir tambien que de entre las ruinas de aquellos se habian extraido considerables cantidades de dinero enterradas por sus propietarios durante

la época de la revolucion. Seguí el curso del Bermejo durante pocas horas y principié despues á subir cerros escabrosos; aquel, cada vez mas caudaloso con las aguas que sin cesar recibe, se precipita buscando las selvas solitarias que baña, ántes de unir sus aguas con las del Paraná.

